

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



Cecilia Alferrina
Biblioteca Universitaria

17



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1976

EL HABLA DEL NORESTE DE MÉXICO. COMENTARIOS *

ISRAEL CAVAZOS GARZA
Universidad de Nuevo León

UN GRUPO DE ESPECIALISTAS en asuntos lingüísticos se reúne con el propósito de analizar determinados aspectos del tema y con el de plantear algunos problemas en torno a esa misma especialidad.

Surge, entonces, una interrogante. ¿Puede alguien, ajeno a toda actividad filológica o lingüística, hacer algunas observaciones útiles en este campo de investigación? Indudablemente que sí; sobre todo si es un folclorista, un historiador o un archivista. Estas tres disciplinas ofrecen constantes oportunidades de encontrar material sumamente valioso para este género de estudios.

En el caso del folclore, es muy abundante el fruto que puede obtenerse. Los adagios y refranes, así como los cantares, corridos y otras expresiones vernáculos, usados en determinada región, ofrecen información muy importante.

El historiador, por su parte, tiende a investigar las corrientes que ayuden a explicar la procedencia de determinados modos de hablar; y, finalmente, el archivista, en el manejo frecuente de documentos, encuentra registrados términos, expresiones, nombres de cosas, etc., que son comunes en la zona en que se hallan esas fuentes originales.

El habla del noreste de México

Por lo que atañe al noreste de México, el habla de esta región tiene características singulares. La sencillez de expresión, la forma particular del

* Estudio presentado en la Reunión sobre Lingüística celebrada en la Trinity University, de San Antonio, Tex., el 23 de abril de 1976.

acento y otros rasgos, le dan un sello distintivo; como lo dan otras características a un yucateco, a un veracruzano, o a alguien del sureste de Texas.

Influyen mucho —a juicio nuestro— importantes factores. El medio geográfico, en primer término. El desierto y la aridez del suelo como que imprimen llaneza en el hablar y monotonía en los corridos y en la música.

Las raíces históricas, por otra parte, constituyen causa esencial de este estilo en la gente. La conquista y colonización del noreste tuvo varias corrientes de penetración, que conviene tomar muy en cuenta.

Una —la primera— de mera exploración y de población efímera, la de Alberto del Canto y Diego de Montemayor (1577), procedente de Mazapil. Su grupo estaba integrado por aventureros, mineros de la región de Zacatecas y por gentes de la Nueva Vizcaya y la Nueva Galicia.

Una segunda penetración, la de Luis de Carvajal, llegó por la región de Tampico, integrada por pobladores procedentes del sureste de España, con marcada ascendencia judío-portuguesa.

Otra, sumamente importante, la de Martín de Zavala (1626) en la que predominaron los apellidos vascos; con sucesivas entradas posteriores (1635 en adelante) de ganaderos de la región de Querétaro y Huichapan. Y, finalmente, oleadas de mineros; primero a la bonanza de Boca de Leones (Villaldama) (1690-1700) con caravanas de hasta trescientos mineros procedentes de San Luis Potosí;¹ o en el auge de Vallecillo y la Iguana (1755 en adelante) y que provocó la afluencia de familias también de origen vasco: Zuazua, Vidaurri, Ayarzagotia, etc.

¿Sefarditas?

Del núcleo primitivo de Del Canto y Montemayor, mucho fue lo que quedó y que, por lo mismo, formaría la parte fundamental y habría de dejar marcada influencia en el habla. La gente de Carvajal se alejó al interior, por problemas con la Inquisición. Algo quedó, sin embargo, que dejaría también influencia importante.

Una de las características más típicas del habla del noreste, es la de suprimir la “y” intervocálica. Vgr.: *sía*, por silla; *estrea*, por estrella; etc. A

¹ Antonio López de Villegas dice haber traído 300 personas. *Encomienda*, Archivo Municipal de Monterrey, Civil, vol. 26, exp. 4, f. 41.

esta modalidad popular le ha sido encontrada una raíz marcadamente sefardí, atribuible a la gente venida en la época de Carvajal.²

En Nuevo León llega a extremos que por el abuso, rayan en lo curioso. Muy cerca de Monterrey una mujer rezaba:

Santa Bárbara-*doncea* [doncella]
que en el cielo fuiste *estrea* [estrella]
líbranos de la *centea* [centella]

El fenómeno del *ía* y del *ea*, particularmente del primero, tiene, sin embargo, una frontera o límite perfectamente marcado. Cruzando la Sierra Madre en Monterrey, ya en Saltillo es apenas perceptible; entretanto que en la región de Matehuala o Charcas, del estado de San Luis Potosí, se observa la tendencia absolutamente contraria, rayando también en el abuso al decir *perrillo*, *muchachillo*, etc.

Mas generalizado en Hispanoamérica es el hecho de omitir la “d”, sobre todo en los participios o en las palabras terminadas en *ado*, *edo*, etc. La gente rústica del noreste la omite también ordinariamente. Un campesino de Nuevo León, designado regidor en un lugar aledaño a Monterrey, disculpó su demora para llegar a una sesión del cabildo, diciendo: “estaba muy ocupao, pero tuve que dejar el arao pa’ venir al juzgao”.

Esta costumbre, generalizada en Nuevo León, Tamaulipas y el norte de Coahuila, habría de proyectarse a Texas, donde ha tomado carta de naturalización. No hace mucho, en un restaurante de Edinburg, pedí huevos para el desayuno. La mesera, mexicano-texana, me preguntó: “cómo quieres los blanquíos, batíos o voltíos”.

Otra de las características del habla popular del noreste es la del uso de los diminutivos. De probable reminiscencia indígena, hay, sin embargo, en el noreste, peculiaridades singulares. En las villas de Marín, Herreras, Ramones, China y Bravo, es muy común decir *manito*, por hermanito (como tratamiento afectuoso). La escasez de agua hace que en los dos lugares últimamente citados, se la designe con cariño y se diga invariablemente *agüita*; sobre todo a la potable. En esos mismos pueblos el color blanco es *blancanito*; y las contracciones *pa’ cá* (para acá) y *pa’ llá* (para allá) tienen también su diminutivo, y así se dice: *pacasito* y *pallasito*.

² Hoyo, Eugenio del, “¿Sefarditas en el Nuevo Reino de León?”, *Humanitas*, No. 12, Universidad de Nuevo León, Monterrey, 1971, pp. 247-254.

La fusión de dos pueblos, el español y el indígena, fusionó también las lenguas. De los pueblos dominados, uno de los más importantes fue el azteca; de allí que el náhuatl fuese una de las lenguas más extendidas en el territorio del México actual.

De las lenguas indígenas del noreste, bien poco es lo que pervive. Es la toponimia regional la que acaso registre el mayor acervo. Así, para citar sólo casos de Nuevo León, hay nombres de pueblos como: Hualahuises, Mamulique, Agualeguas (originalmente sólo Gualeguas); etc.³

El origen del nombre *Coahuila* ha suscitado amplios estudios y polémicas, tendientes todas a darle una etimología náhuatl. Su origen, a nuestro juicio, es absolutamente alazapa. Recientemente encontramos un título de encomienda de los indios *cuagüit* que el intérprete tradujo: zopilote-(aura).⁴

De algunos otros dialectos indígenas norteros hay ejemplos en la toponimia sumamente importantes, como el nombre del poblado *Huinalá*, al noreste de Monterrey, que recuerda al capitán indio *Güinalá*, de los tepehuanes rebelados en la primera década del XVII y que, subiendo al noreste, dieron guerra constante en tiempos del gobernador Zavala (1626-1636).

Abundan, sin embargo, en el noreste, los nahutlismos. Algunos, usados comúnmente, como en todo el país: *mecate*, *molcajete*, *metate*, etc. Otros—muy numerosos por cierto—son herencia indudable de la colonización tlaxcalteca.

¿Pero, hubo tlaxcaltecas en el noreste de la Nueva España? La referencia es sumamente conocida. Conviene, sin embargo, consignarla aquí, aunque sea en términos generales. Aliados a Cortés desde los días de la conquista, los tlaxcaltecas ayudaron mucho a los españoles. Para la conquista y pacificación del norte, el virrey Luis de Velasco recurrió también a su ayuda. Para ello, contrató con la república de Tlaxcala el que viniesen al norte 400 familias. Felipe II dictó, en 1591, una real cédula concediéndoles innumerables privilegios. Estos tlaxcaltecas fundaron en el norte una cadena de pueblos, estratégicamente situados, para ayudar a la pacificación de los

³ Véase también EUGENIO DEL HOYO, "Vocablos de la lengua quinigua de los indios borrados del noroeste de México", *Humanitas*, 1960, pp. 489-515.

⁴ Encomienda a Miguel Cantú. Archivo Municipal de Monterrey, Civil, vol. 32, exp. 1, fol. 342.

chichimecas: Mesquitic, Venado, Santa María, Guadalcázar, etc. En 1591 fue fundado el pueblo de San Esteban, a inmediaciones de Saltillo.⁵

Algunas de estas familias pasaron, antes de 1650, a las misiones de San José y Santa María de Río Blanco, hoy general Zaragoza y Aramberri, en el sur de Nuevo León. Hacia 1646 fundaron un pueblo en las cercanías de Cadereyta, destruido por los indios gentiles en 1648.⁶ Años más tarde, en 1686, fundaron el pueblo de San Miguel de Aguayo, hoy Bustamante. A principios del siglo XVIII fueron establecidos los pueblos de Guadalupe, Purificación y Concepción.⁷

Esta colonización tlaxcalteca marcó su influencia en las artesanías, la alimentación, las danzas, etc.; pero también la dejó en el habla del noreste. Se oye todavía con frecuencia, en los pueblos fundados por ellos, llamar *tachacual* a un cercado de carrizo; *talhuate*, a un trozo de carne muy duro; *tlaxcalcuán*, a cierto tipo de cucarachas; *chimal*, a una cabellera despeinada; *totache*, a un sacerdote; *chahuixtle*, a una enfermedad leve, en particular al resfrío o calentura palúdica; etc.

Zona arcaizante

Fue la del noreste una zona casi incomunicada durante toda la colonia y gran parte del XIX. Un viaje de Monterrey a la ciudad de México significaba dos meses a caballo. El paso lento de las recuas recorrió las ciudades más apartadas, y las cuadrillas de carros llevaron minerales de Cerralvo a Parral, Sombrerete, etc., desde muy a principios del siglo XVII. Cuando ya se dispuso del servicio de diligencias, fue tan largo de todos modos el trayecto, que el historiador José Eleuterio González dictó a sus discípulos en el camino sus *Lecciones orales de historia de Nuevo León*, obra de casi 250 páginas; y esto en plena década de los setenta.⁸

La comunicación con los pueblos de Texas fue igualmente penosa. Las jornadas del general Alonso de León, en el XVII; las de Terán de los Ríos y otros, en el XVIII; o las de los soldados que cubrían plazas en los asentamientos militares de Nacogdoches, son, en realidad, inconcebibles. El contacto de

⁵ ALESSIO ROBLES, Vito, *Coahuila y Texas en la época colonial*, Ed. Cultura, México, 1938, p. 123 ss.

⁶ LEÓN, Alonso de, et al, *Historia de Nuevo León...*, Universidad de Nuevo León, 1961, p. 110.

⁷ ROEL, Santiago, *Nuevo León. Apuntes Históricas*, Monterrey, 1954, p. 45.

⁸ GONZÁLEZ, J. E., *Lecciones...*, Monterrey, 1881 (Prólogo).

estos mexicanos con la Louisiana, además de poner en riesgo la soberanía nacional, hizo que se mezclara tanto el español con el francés, el inglés y los dialectos salvajes, que —al decir del general Mier y Terán— “han perdido *hasta el idioma* y es posible que no atiendan ninguna ley ni orden de su gobierno”.⁹ Los pueblos de Texas conservaron, sin embargo, el español llevado por los expedicionarios del Nuevo Reino de León. Una visita reciente a Goliad, Texas, nos permitió observar no sólo el aspecto físico de la gente, tan semejante al de la gente de Nuevo León, pero hasta el mismo lenguaje con los mismos giros y los mismos arcaísmos.

El aislamiento de la región haría decir a Juan Bautista Chapa, continuador de la crónica de Alonso de León, en el siglo XVII: “Los que habitan en países remotos —expresa en la introducción *Al Pío Lector*— suelen *olvidarse del lenguaje* político de las cortes, aunque hayan aprendido en ellas”.¹⁰

Y a ese aislamiento por falta de caminos o de medio de transporte, habría que añadir un factor tanto o aún más importante: la carencia de centros educativos. Los misioneros y algunos seglares tuvieron a su cargo el impartir una enseñanza rudimentaria, y esto sólo a la clase privilegiada. Hubo en los albores del XVIII un colegio jesuita en Monterrey, para enseñanza superior, pero su duración fue efímera. Sólo hasta 1792 fue cuando abrió sus puertas el Colegio Seminario. Hasta entonces unos cuantos habían logrado ir a estudiar a México, Guadalajara o San Miguel el Grande.

Esta incomunicación física y cultural —prolongada hasta más de la mitad del XIX— habría de hacer del noreste de México una zona arcaizante en muchos aspectos, entre éstos el del idioma. El español que los niños —blancos e indígenas— aprendieron de los misioneros durante la colonia, es perceptible aún en nuestros días. Muy común en todo el país, particularmente en zonas mineras o indígenas, es oír el *dende*, por desde; *truje*, por traje; *ansí*, *asina* o *ansina*, por así; *daca*, por dame; etc. Independientemente de estos arcaísmos en la región que nos ocupa, son frecuentes otros, como: *cedrón*, por cubeta; *en denantes*, por hace poco; *endevido*, por individuo; *ler*, por leer; *mestro*, por maestro; *pelotera*, por tiroteo; *peregoso*, por pañal; *espeta*, por esperanza; *vendutero*, por vendedor; *belduque*, por cuchillo; etc.

Dentro de los arcaísmos más comunes y muy generalizados en todos los pueblos de habla hispana, predominan en el noreste la substitución de la

⁹ Citado en ILDEFONSO VILLARELLO, *El habla de Coahuila*, Mástil, Saltillo, 1970, p. 39.

¹⁰ LEÓN, Alonso de, *op. cit.*, p. 124.

“h” por “j” y viceversa; y así, se dice: *güevo*, por huevo; *jediondo*, por hediondo; o bien, *jervir*, por hervir; o *jilo*, por hilo.

En otros aspectos

Aparte del hablar cotidiano pueden advertirse algunas peculiaridades en otros aspectos de la vida. En la medicina popular se dice que el enfermo está *atrasado*, por empeorado; o que está *cholenco*, si su dolencia es pasajera; *atiriciado*, si está melancólico o decaído; *ñango*, si enclenque o enfermizo; o que la enferma murió de las *resultas*, entendiéndose que de las consecuencias del parto.

Ignoramos si haya sido ya realizada, pero sería una excelente investigación lingüística registrar la nomenclatura de las enfermedades coloniales, a través de las partidas de defunción en los libros de entierros de las parroquias del noreste.

Es importante consignar aquí la referencia, muy conocida también, del auge ganadero en esta zona. Pobre en agricultura por la escasez de lluvias, y más pobre aún por sus escasos yacimientos mineros, fueron causas de una menor afluencia de pobladores. Hubo, sí, notable abundancia de pastos. Atraído por ello, Antonio Leal entró con 30,000 ovejas, procedente de Huichapan, en 1635. A partir de entonces surgió un movimiento ganadero extraordinario. Muchas grandes haciendas del interior enviaron sus ganados menores a pastar.¹¹ El gobernador Martín de Zavala propició este auge, otorgando grandes mercedes de tierras. La nobleza criolla y muchos señores de ganados poseyeron acá grandes latifundios. La ganadería fue trashumante. Subía en tiempo de pastos y volvía a sus lugares de origen en tiempo de tranquilidad. Fue éste otro de los tipos de penetración y de influencia en el habla, porque con los mayordomos de haciendas venía gran número de pastores y gentes de servicio: indios otomíes, tlaxcaltecas, mestizos, esclavos negros, etc.

Hubo también importantes ganaderos locales, que tuvieron grandes criaderos de ganado mayor y caballada. Desde mucho antes de 1650, aparece en Nuevo León la palabra *rodeo*, el que practicaban en grupos. El nombre ha quedado también en la toponimia regional. Esta práctica habría de extenderse a Texas. Ganaderos de Nuevo León y Tamaulipas tuvieron extensos

¹¹ LEÓN, Alonso de, *op. cit.*, p. 90.

agostaderos en el sur de Texas, en la segunda mitad del XVIII. Uno de estos era el agostadero de la Feria, al norte del río Bravo.

La ganadería, como principal actividad cotidiana, marcó también su huella en el lenguaje del noreste. Citaremos sólo unos ejemplos: *amachado* (de macho, mulo) porfiado, terco; *cuacazo* (de cuaco, cuerno) trago de mezcal de maguey, servido en un "vaso" de punta de cuerno; *cerrero*, mal educado, huraño; *baquetón*, desvergonzado, disimulado; *chivato*, travieso, saltarín; etc.

De esta riqueza ganadera provino un modo singular en la alimentación, a base de carne. Algunos nombres son propios de la zona: *aguja*, arranque de la costilla de res, en el lomo; *machacado*, platillo típico de carne seca, macerada, guisada con huevo. En Sonora se llama *machaca*. El género masculino que se le aplica en Nuevo León obedece a que se trata de lomo machacado. Otro bocado típico es el *diezmillo*, nombre correspondiente al solomillo y que alguna relación pudiera tener con el diezmo pagado a la Iglesia por los ganaderos.

Extenderíamos demasiado este comentario si aludiéramos a la variada terminología en otros aspectos. Es el caso de la molienda de caña de azúcar, que aportó muchas palabras a la región; o en los nombres del pan regional, que difieren mucho al de otras partes. Sólo a modo de interrogación: el pan de Nuevo León llamado *semita*, está ligado al origen judío del Nuevo Reino de León.

De estas breves consideraciones, susceptibles de ser ampliadas y sobre todo mejoradas, puede concluirse:

1. Que hace falta realizar una intensa investigación oral en la región noreste, a fin de recoger material, que lo hay, en abundancia.
2. Que los archivos civiles y eclesiásticos del noreste esperan al investigador de este hermoso tema, ofreciendo vastísima información.
3. Que es urgente formar un vocabulario, que vendría a enriquecer la escasa bibliografía existente.
4. Que la investigación lingüística no puede prescindir de la investigación histórica.

EL GOBERNADOR DON MANUEL DE SANTA MARÍA Y LOS INSURGENTES EN EL VALLE DEL PILÓN

Episodio de la Guerra de Independencia

CIRO R. CANTÚ

Sociedad Nuevoleonesa de Historia,
Geografía y Estadística

LA CELEBRACIÓN de las Fiestas Septembrinas invita a repasar la Historia Patria y a releer viejos expedientes que evocan personas y sucesos de la Revolución de Independencia.

En esta vez redimiré del olvido dos acontecimientos que coincidieron en tiempo y tuvieron por escenario el Valle del Pílon: la presencia del Gobernador don Manuel de Santa María y la obligada visita al lugar de un grupo de insurgentes.

La Historia nos dice que en los primeros días de enero de 1811, huestes insurgentes al mando de don José Mariano Jiménez, teniente general de los Ejércitos de América, avanzaban hacia el norte con el propósito de adelantar "las conquistas hasta la Villa del Saltillo, Nuevo Reino de León y demás Provincias Internas".¹

Don José Antonio Cordero, Gobernador de la Provincia de Coahuila, "los esperaba con sus tropas y las de este Reino" en Aguanueva. (Cossío.)

"El día siete de enero se avistaron las fuerzas insurgentes y a poco comenzó la lucha; pero apenas iniciada, la tropa a las órdenes de Cordero se pasó al enemigo." (Roel.)

¹ Sigo aquí a dos distinguidos historiadores y publicistas de Nuevo León: Licenciado don Santiago Roel y don David Alberto Cossío.